

del ejercicio cognitivo de nuestra razón (*Éticas con pretensión cognitiva*): la de Aristóteles, que se basa en las nociones de felicidad y bien, la de Kant, que tiene en el deber su noción fundamental, y la fenomenológica de Scheler, que ha hecho de los valores el criterio para discernir el contenido moral. Frente a ellas, hay otros planteamientos que niegan la posibilidad de conocer algo acerca del bien o el mal moral (*Posiciones morales no cognitivistas*): ya porque se cuestiona la capacidad libre del sujeto para hacerlo, ya porque lo que se niega es el contenido objetivo del hecho moral. Con otras palabras, el determinismo y el relativismo nos conducen, aunque por razones diversas, a un mismo resultado de escepticismo moral, condición propicia para que surja y se desarrolle la denominada «dictadura del relativismo» (p. 250).

Creo que este libro puede ser útil para los estudiosos de la filosofía, sobre todo aquellos que comienzan, por la claridad con que expone los conceptos y argumentos, así como por el breve resumen esquemático que se añade al final de cada tema. Por tratarse de un libro de iniciación, el libro se queda en la presentación del pensamiento filosófico anterior: gana en sencillez expositiva pero, tal vez, pierde algo de aquella originalidad que, aunque incómoda, siempre provoca al lector invitándole a pensar. Quiere ser un «curso elemental de Filosofía», pero entiendo que se ha limitado únicamente a mostrar algunos temas y no un panorama general de ellos: puede que las cuestiones de antropología y ética sean las más importantes, pero no agotan los elementos de la filosofía; y si de lo que se trata es de un texto básico de Teodicea, como reflexión filosófica acerca del problema de Dios, de su existencia y su naturaleza, entonces encuentro innecesarias las dos últimas partes del libro.

Juan Carlos GARCÍA JARAMA

Félix María AROCENA, *Los himnos de la tradición. El himnario de la Liturgia Horarum y otros himnos de la tradición litúrgica*, Madrid: BAC, 2013, LIV + 727 pp., 18 x 25, ISBN 978-84-220-1628-1.

La Iglesia es el lugar donde la santa Trinidad es glorificada mediante la genuina doxología. Desde antaño, la tradición litúrgica conoce los himnos como uno de los cauces más idóneos para que los cristianos expresen su adoración y bendición transida de agradecimiento al Dios creador, salvador y san-

tificador. El misterio de Cristo, hecho objeto de afecto, suscita plegaria, canto, imagen, poesía; genera himnos. Así lo vemos en Efrén, en Romano el Melode, en Ambrosio... un grupo de pensadores del Oriente y del Occidente cristianos, que expresaron la teología en las categorías de una lírica singular.

El libro de Arocena recoge todo el himnario típico del actual Oficio romano y añade a continuación un segundo himnario fruto de la selección realizada por el autor de aquellos poemas que ha espigado de fuentes medievales y modernas.

El primero, el himnario típico de la Liturgia de las Horas, contiene 291 poemas provistos de una notable riqueza espiritual y de una belleza y variedad incuestionables. Este himnario, constituido fundamentalmente en medios monásticos de la época carolingia y alto-medieval, llegando a ser de uso general en el Rito Romano hacia el tiempo de la reforma gregoriana, fue recibiendo con el paso de los siglos numerosas adiciones, la última de la cuales fue la realizada durante los trabajos de ejecución de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II.

El segundo himnario reúne 213 himnos y secuencias provenientes de las liturgias occidentales. Se trata de piezas líricas seleccionadas de fuentes diversas: unas proceden de los himnarios de liturgias occidentales no romanas, sobre todo la hispana y la ambrosiana; otras se han tomado del propio de algunas Órdenes y Congregaciones religiosas –se recogen también algunos himnos de Hildegarda de Bingen († 1179), recientemente proclamada Doctora de la Iglesia–; otras, por último, se han tomado de la *Hymnodia Hispanica*, de Faustino Arévalo († 1824), de la colección *Hymni Latini Medii Aevi*, de Franz Joseph Mone († 1871), y de la *Analecta Hymnica*, de Clemens Blume († 1905) y Guido Dreves († 1909). Entre el medio centenar de volúmenes de estos dos últimos autores, se ha prestado especial atención al vigésimo séptimo, que recoge el himnario del antiguo Rito hispano, y al séptimo, que reúne las secuencias de la abadía de san Marcial de Limoges (*Prosarium Lemovicense*).

El presente volumen recoge, pues, más de medio millar de himnos litúrgicos distribuidos a lo largo del año litúrgico en su doble ciclo temporal y santoral. El segundo himnario que se ha mencionado incluye algo más de una docena de poemas probablemente hispanos, si nos atenemos a la primera edición crítica que hiciera de él Clemens Blume (1897). Su texto se ha contrastado y transcrito conforme a la segunda edición crítica de la que es autor José Castro en el *Corpus Christianorum* (CCSL 167), publicada en Turnhout en el año 2010.

Los más de cuarenta años transcurridos desde la instauración del nuevo Himnario de la *Liturgia Horarum* invitan a un examen sosegado de otras composiciones poéticas que también podrían resultar idóneas para la alabanza litúrgica. De otra parte, quienes llevan casi medio siglo cantando y meditando los himnos latinos del Oficio divino podrían acoger complacidos un *subsidium* que complementa su oración con poemas recuperados de la venerable tradición litúrgica de la Iglesia. Aunque estos himnos apenas sean conocidos, porque no han entrado en el acervo de los libros litúrgicos vigentes, sin embargo, son muchos los cristianos que, a lo largo de los siglos, han cantado, meditado, amado los poemas que en esta obra se proponen. Junto con los de la Liturgia de las Horas, estos himnos están cargados de un alto tono contemplativo. Por eso, una vez expuesto el himnario típico del Oficio romano, al autor le ha parecido enriquecedor añadir, a título privado, un nuevo repertorio himnódico al que se titula: «otros himnos de la Tradición litúrgica». La opción de incluirlos es, por supuesto, muy loable, aunque se echa en falta una explicación más en detalle de los criterios concretos que han guiado la selección realizada.

Cada himno se presenta en dos columnas paralelas: primero el texto original latino de la versión típica y, a continuación, la versión castellana del autor. Cada himno lleva en su cabecera una ficha que contiene diversos datos: clase métrica o ritmo, modo gregoriano y el cuándo de la celebración, es decir, el punto del año litúrgico en el que ese himno es proferido (tanto el día como la hora). En el caso de los himnos dedicados a los Santos, se añade un último elemento: una breve biografía del Santo. Se trata de un texto breve, tomado de la versión castellana de la *editio altera* del *Martyrologium Romanum* (2004), que sitúa el contexto histórico-cultural en el que el Santo vivió. De este modo es más fácil aclarar el contenido de algunas estrofas.

A continuación se propone una sucinta entrada a modo de introducción. En ella se aclara, cuando se conoce, el nombre del himnógrafo, así como las noticias de su datación exacta o, al menos, aproximada. El signo (↗) remite al Apéndice 1, donde se encuentra la reseña biográfica del autor que ha compuesto el poema. Junto a esas dos referencias, la introducción se presenta como un breve resumen que ambienta e introduce en el canto y la meditación del himno. En algunos casos, el último párrafo de la entrada facilita una remisión a otros himnos, tomados del segundo himnario de la obra, que eventualmente pueden emplearse en sustitución del himno.

Es frecuente que algunas estrofas o versos reciban alguna aclaración a pie de página. Estas notas son de diverso tipo: unas subrayan el valor teológico de

un término o de una expresión doctrinalmente densa y feliz; otras llaman la atención sobre las resonancias bíblicas incluidas en cada himno, etc. En determinados himnos *De Sanctis*, resulta difícil saber a qué se refiere una determinada estrofa cuando se ignora el marco biográfico del Santo. En esos casos, ciertas notas a pie de página ilustran el significado del texto.

El conjunto de todos estos datos, globalmente considerado, da un conocimiento si no total, sí, al menos, ilustrativo de las diversas dimensiones que confluyen en un determinado himno.

El autor considera si es legítimo preguntarse por qué Notker de Saint-Gall († 912), y otros como él, escribían sus himnos en latín. A esta cuestión responde diciendo que la lengua latina no les resultaba extraña. Sencillamente la aprendían porque era la lengua de su patria, la Iglesia. Era su único medio cristiano de expresión, el único que se adecuaba a las experiencias que procuraban expresar. Notker de Saint-Gall, por ejemplo, no versificaba para un público, fuera éste de lengua latina o alemana, sino para su Señor. La Escritura, los himnos de la Iglesia, todo cuanto conmovía profundamente su alma y lo elevaba por encima de sí mismo, lo recibía en latín. Cuando deseaba gritar su júbilo, exhalar su entusiasmo, cuando debía cantar algo que era demasiado bello –sublime en demasía– no existía más que el latín. Cantaba a la Iglesia, para la Iglesia, los misterios que Cristo había confiado a la Iglesia. Siendo así que se imprimían en su alma en latín, en esa misma lengua habían de expresarse. De este latín cristiano –flexible y claro, rítmico y musical– se ha dicho, en general, que era al de Horacio lo que *Notre Dame* al Partenón.

Cuando el autor se propuso la tarea de traducir los himnos sabía, de antemano, que no les hacía ningún favor. La traducción es interpretativa por su misma etimología. Las traducciones son siempre imperfectas y jamás pueden darse por concluidas. Cuando son fieles, resultan a menudo algo toscas, y cuando son elegantes, suelen alejarse demasiado del original. El autor procura situarse en una posición intermedia entre ambos extremos. Para realizar la versión se ha servido de la paráfrasis, pero sin abusar de ella, buscando en todo momento moverse dentro de un castellano idóneo y sin afectación, buscando, ante todo, que la versión castellana sea orante, como corresponde a textos recogidos en el libro con el que reza la Iglesia. Esta característica debe ser tenida en cuenta por aquel que buscara en esta versión una traducción marcadamente literal. En este sentido, el autor se suma a los que piensan que entre las tinieblas de una traducción y el esplendor de los himnos, tal y como fueron redactados en su primera forma de expresión, cabe una cierta luz crepuscular e

incluso una visión difuminada como a través de un cristal traslúcido. Hasta qué punto el autor haya sido capaz de reflejar esa luz, queda reservado al juicio benigno del lector.

Dos últimas valoraciones. Por un lado, como ya ha sido mencionado, el autor ha explicado en la introducción sus criterios cara a la traducción de los himnos. Cabría, sin embargo, animarle a que en posteriores ediciones revise algunos términos, en los que una traducción algo más literal contribuiría a que la composición ganase en fuerza y sentido: por ejemplo, *Sator* (no es *Creador*), en el himno 49, o *diluit* (no es *borrar*), *perditis* (no es *incrédulos*) y *luem* (no es *crimen*), en el 116. De forma análoga, quizá merezca la pena conservar una misma traducción para un mismo término, cuando aparece repetidas veces en un mismo himno: es el caso de *succurre*, en el 247.

La cuidadosa edición y versión castellana de los himnos está precedida de una amplia Introducción del autor, y seguida de una reseña biográfica de los himnógrafos que desfilan por las páginas, cuatro apéndices y diez índices (cronológico, métrico...) y por último, una amplia selección bibliográfica. La editorial BAC ha hecho un notable esfuerzo de presentación tipográfica esmerada y pulcra. El libro, impreso a dos tintas, está dotado de dos cintas para marcar los himnos correlativos de uno u otro himnario.

Digamos, en conclusión, que nos encontramos ante un volumen repleto de riqueza, cuya lectura y oración contribuirá sin duda a una mayor y mejor alabanza y unión personal con Dios, tanto en la vida privada como en la celebración litúrgica.

Juan Luis CABALLERO

Silvano M. MAGGIANI y Antonio MAZZELLA (a cura di), *La figura di Maria tra fede, ragione e sentimento*, Roma: Edizioni Marianum, 2013, 492 pp., 14 x 21, ISBN 978-88-870-1693-2.

Cada dos años la Pontificia Facultad *Marianum*, dirigida por los Siervos de María, celebra en Roma un Simposio mariológico internacional. El último fue el décimo octavo y se desarrolló entre el 4 y el 7 de octubre de 2011, para estudiar la mariología de la época moderna. En el presente volumen, bajo el título oficial del Simposio, se recogen las doce comunicaciones presentadas, precedidas por el mensaje de apertura a cargo del Cardenal Angelo Amato y